EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LIRICAS.

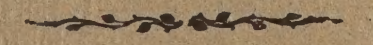
4 POR 100

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

EMILIO S. PASTOR.



MADRID.

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.
(*Sucesor de Hijos de A. Gullon.*)
PEZ, 40.—OFICINAS. POZAS,—2—2.°

188

AUMENTO A LA ADICION DE OCTUBRE DE 1884.

COMEDIAS Y DRAMAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde
4 por 100	1	D. Emilio S. Pastor	Todo.
Delirios de amor	1	José Soto	»
Don Jaime en la glorieta	1	R. Bolumar	»
La culpa tenen las dones	1	R. Bolumar	»
La primera noche	1	Pedro José Moreno	«
La Rosa de Avapiés	1	Luis Bringas	»
Mi pesadilla	1	Cárlos Olona Di-Franco	»
Una capitulacion	1	Franc. Gomez Errúz	»
Un año más (revista)	1	M. Echegaray	Mitad.
El capitan Marin	3	Eusebio Blasco	Todo.
La peste de Otranto	3	José Echegaray	»
La victoria por castigo	3	M. Ortiz de Pinedo	»
Sin solucion	3	M. Echegaray	»

ZARZUELAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde
Á San Lorenzo	1	Sres. Bringas y Viaña	L. y M.
El matalafor	1	D. R. Cortina	M.
El mestre d'ascola	1	R. Cortina	M.
El país del fuego	1	L. Bringas	L.
El pollastre don Tadeo	1	R. Cortina	M.
El último tranvía	1	Sres. Blasco y Palacios	L.
La gatita del cura	1	Bolumar y Cortina	L. y M.
La parentela de Huisa	1	D. R. Cortina	M.
Lolilla	1	R. Cortina	M.
Los compañeros de Picio	1	R. Cortina	M.
Máscaras de la vida	1	Sres. Bolumar y Sabater	L. y M.
Mister Puff	1	D. R. Cortina	M.
Ó suegro ó difunto	1	R. Cortina	M.
Rode la bola	1	R. Cortina	M.
Un capitá de cartó	1	R. Cortina	M.
Un quid pro quo	1	R. Cortina	M.
Un actor por compromiso	1	Sres. Hidalgo y Perillan	L. y M.
El Guerrillero	3	Federico Muñoz	L.

4 POR 100

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

EMILIO S. PASTOR.

Representada por primera vez en el Teatro LARA de Madrid la noche del 16 de Enero de 1885.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.
Calvario, 18, principal.
1885.

PERSONAJES.	ACTORES
DOÑA CAROLINA.........	SRA. D.ª BALBINA VALVERDE.
CAROLINA...............	SRTA. D.ª CECILIA CASTELLANOS.
PERPÉTUA...............	SRA. D.ª EMILIA MAVILLARD.
VIDAL...................	SR. D. JULIAN ROMEA.
TARAVILLA...............	SR. D. PEDRO RUIZ DE ARANA.

Á MI MUY QUERIDO AMIGO

EL SIEMPRE APLAUDIDO AUTOR DRAMÁTICO

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ,

EMILIO.

ACTO ÚNICO.

La escena representa un despacho con chimenea y lujosamente amueblado.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA CAROLINA y CAROLINA.

D.ª CAR. (Entrando.) Da gracias á lo mucho que te quiero. que si nó, aunque hubieras escrito cien cartas no vuelvo.

CAROL. ¡Mamá! (Abrazándola.)

D.ª CAR. Tu marido me lleva hechos muchos desprecios, y cuando la semana pasada tuvimos aquella cuestion, resolví no volver á almorzar con vosotros los jueves, ni poner más los piés en esta casa. Tu marido es insoportable.

CAROL. Por eso me haces más falta.

D.ª CAR. ¿Para qué? ¿para darte el gusto de ver cómo trata á tu madre?... ¿Tú tienes la culpa?

CAROL. ¡Soy muy desgraciada!

D.ª CAR. Porque has querido. Si me hubieras hecho caso, si no te hubieras casado con Vidal... Hasta el nombre es feo...

CAROL. ¡Qué remedio! ¡Ya está hecho!

D.ª CAR. ¡Justo! ya está hecho, y mejor estaría que te hubieses casado con Roldan...

CAROL. ¡Aquel andaluz!

D.ª CAR. Sí, señora .. aquel andaluz... No me habría tratado como Vidal... ¡Qué hombre tan singular! Siempre estaba diciendo: «¡Bendita sea tu madre!» Ya ves tú si me quería.

CAROL. Bueno, no hablemos más de eso.

D.ª CAR. Dices bien, más vale no acordarme. Supongo, que, como me dices en tu carta, estarás dispuesta á seguir alguno de los planes que te he aconsejado?...

CAROL. Me parece que si...

D.ª CAR. Por supuesto, que tu marido seguirá teniéndote abandonada?...

CAROL. Como siempre.

D.ª CAR. ¿Continuará metido en la Bolsa?

CAROL. No se ocupa de otra cosa.

D.ª CAR. Yo, siquiera tenía á tu difunto padre siempre metido en el bolsillo, como vulgarmente se dice.

CAROL. Y lo que es peor, acaba de vender el molino para comprar papel...

D.ª CAR. ¡Jesús! Esto no puede seguir así... Nunca le dejé á mi esposo comprar más papel que *La Correspondencia.* ¡Pobre Francisco! Me leía hasta los anuncios.

CAROL. Se trata de papel del Estado... láminas... Ya tiene una coleccion...

D.ª CAR. Oye, supongo que esas estampas no serán verdes...

CAROL. Cá!... ¡qué cosas tienes! La más negra es que hace dos noches, soñando en alta voz ha pronunciado el nombre de una mujer...

D.ª CAR. ¿De mujer?... Esta no es la más negra, como decías, sino la más verde... ¿Y á quién pertenece ese nombre?

CAROL. ¡Lo sé desgraciadamente!

D.ª CAR. ¿La conoces?

CAROL. ¡Si!

D.ª CAR. No me impacientes, responde... ¿De quién se trata?

CAROL. De la chica. (Llorando.)

D.ª CAR. ¿La criada? ¿Aquella tonta de Benita?...

CAROL. Nó; otra que está hace seis dias.

D.ª Car. ¿Y no has observado nada más?

Carol. Sí; he observado que desde que entró esta chica vá todos los dias al cuarto de los baules que está junto al suyo, á pretexto de que se va á Barcelona y tiene que hacer el mundo.

D.ª Car. ¿Y lleva seis dias haciendo el mundo?... Como Dios... Pues hoy no tengas cuidado.

Carol. ¿Por qué?

D.ª Car. Porque el sétimo descansó. ¿La habrás despedido?

Carol. Todavía no.

D.ª Car. ¿Entónces le habrás despedido á él?

Carol. ¡Á él!

ESCENA II.

DOÑA CAROLINA, CAROLINA y VIDAL. (1)

Vidal. (Entrando.) (¡Uf!) mi suegra... Doña Carolina... (Saludando.)

Carol. Gracias á Dios que has venido... Cerca de las dos. (Mirando al reloj.)

Vidal. Ya lo veo... (Mirando á Doña Carolina.) y sólo pensaba estar cerca de la una. (Señalando á Carolina.)

D.ª Car. Mira, no empieces con bromitas; bien sabes que te prometí hace ocho dias no volver á tu casa. ¿Te acuerdas?

Vidal. ¡Oh! ya lo creo, aquel dia subió diez céntimos el exterior.

D.ª Car. ¿De veras? Pues á mí se me subió toda la sangre á la cabeza.

Vidal. Pero luégo bajó.

D.ª Car. Sí; con unos sinapismos.

Vidal. Nó; con las noticias de la mano negra..

D.ª Car. ¡Qué mano ni qué ocho cuartos!...

Vidal. (Sin hacer caso á Doña Carolina.) ¿Pero, qué tienes? (Á Carolina.) ¿Estás mala? ¿Has llorado?

---

(1) Este personaje hablará con marcado acento catalán.

CAROL. No, no es nada... pero vienes tan tarde!

VIDAL. Hija, los negocios... Voy á tomar medio millon á fin del mes próximo.

D.ª CAR. Mejor sería que lo tomaras ahora mismo. En el tomar no hay engaño, y cuanto más pronto...

VIDAL. ¡Bah! ¡bah! esta señora... (Distraido.) ¿Dónde estará Zorrilla, hombre, dónde estará Zorrilla?...

D.ª CAR. (Á Carolina.) ¿Es esa la chica?

CAROL. No, mamá.

D.ª CAR. Ya sé que ha vendido usted el molino... la última finca que le quedaba á mi hija.

VIDAL. Si señora; pienso triplicar su valor en quince dias.

D.ª CAR. Como el de la casa... perdiéndola por completo.

VIDAL. Yo no tuve la culpa de que hubiera crísis.

D.ª CAR. Mientras fué de mi difunto esposo, hubo crísis todas las semanas y le quitaban el destino, pero no la casa.

VIDAL. Su esposo de usted no jugaba.

D.ª CAR. Jugaba á la brisca.

VIDAL. No se cotiza hoy ese papel.

D.ª CAR. (Con indignacion.) Está usted asesinando á mi hija.

VIDAL. Señora, usted no entiende de negocios.

CAROL. ¡Mamá, por Dios!

D.ª CAR. Yo entiendo de todo, y cuando pasan rábanos los compro.

VIDAL. Yo no compro... hay tendencias á la baja.

CAROL. No le sacarás nada en limpio. Siempre pensando en esa maldita Bolsa...

D.ª CAR. Pero ¿qué demonios dice usted de la baja ni de?...

VIDAL. ¡Vaya... vaya! no tengo tiempo de discutir... El almuerzo está esperando... á las dos tengo que estar en Bolsa. ¡Si los ingleses bombardean el Cairo!... ¿Dónde estará Zorrilla, dónde estará Zorrilla... dónde estará... (Váse por el foro.)

ESCENA III.

DOÑA CAROLINA y CAROLINA.

D.ª CAR. ¡Qué fino! Ni siquiera me ha dicho: «vamos á la mesa.»

CAROL. Pues esta es mi vida.
D.ª CAR. Yo te juro que variará.
CAROL. ¿De veras?
D.ª CAR. Hay que llamar la atencion del bicho hácia otra parte.
CAROL. ¿Qué bicho?
D.ª CAR. Tu marido.
CAROL. No entiendo.
D.ª CAR. Vengo prevenida. (Saca una carta.) Como me has dicho que no podias aguantar más, voy á poner en práctica el plan de que siempre te hablé. ¿Ves? (Enseñando la carta.) Una de las trescientas sesenta y cinco epístolas que tu padre me dirigió en el año que fuimos novios. La he cogido al azar... Dirá que me quiere mucho, como en todas...
CAROL. Y ¿qué vás á hacer con ella?
D.ª CAR. Ponerla en su mesa con este sobre... Como nos llamamos lo mismo, creerá que está dirigida á tí.
CAROL. Pensará que le soy infiel...
D.ª CAR. ¡Justo! y luégo verá por la fecha que eres inocente.
CAROL. ¿Y si vé la fecha ántes?
D.ª CAR. Sólo se fijará en la firma... conozco á los hombres.
CAROL. No me atrevo... Entre tanto...
D.ª CAR. Comprenderá que un hombre casado debe ocuparse algo de su mujer...
CAROL. Pero...

ESCENA IV.

DOÑA CAROLINA, CAROLINA y PERPÉTUA.

PERP. Dice el señoríto que si van ustedes á almorzar ó no.
D.ª CAR. ¿Es esta? (Señalando á Perpétua.)
CAROL. Esta.
D.ª CAR. Ya se le conoce en el aire desgarrado que tiene. (Á Perpétua.) Pero ¿qué? ¿nos espera el señorito para almorzar? Nunca ha hecho otro tanto....
PERP. Sí espera, pero comiendo; ya está en el segundo plato.

CAROL. Tiene tanto que hacer.

D.ª CAR. ¡Qué fino es!.... Vamos. Le dejaré aquí la carta.

CAROL. Tengo miedo.

D.ª CAR. ¡Vender el molino! Ya te dejo aquí que moler. (Deja la carta sobre la mesa de despacho.) Ahora yo te diré lo que has de hacer. (Á Carolina.) Vamos á almorzar.

CAROL. Verás cómo no adelantamos nada...

ESCENA V.

PERPÉTUA y TARAVILLA.

PERP. Qué tendrá ese papelito que han dejado con tanto misterio... La señorita tiene celos de mí y sin motivo... Al ménos yo no se lo he dado.

TARAV. ¡Hola, chica. (Entrando.) ¿Está el señorito?

PERP. ¡Señor Taravilla! Está almorzando.

TARAV. Pásale recado al momento...

PERP. Usted siempre trae prisa.

TARAV. Siempre; si no trajera tanta dedicaría un ratito á hacerte el amor.

PERP. El amor... ¿usted?

TARAV. Yo sí que estoy ardiendo por todas las mujeres de tu lámina.

PERP. La... qué...

TARAV. Lámina.. lámina...

PERP. Más lámina que usted...

TARAV. Vamos, avisa al señor Vidal, sino pasaré al comedor. (Dirigiéndose á la puerta.) ¿Está sólo?

PERP. Está con la señora y la señorita

TARAV. (Retrocediendo.) Entónces, dile que venga... Á esas señoras les soy profundamente antipático.

PERP. ¿Diga usted? Es verdad que le llaman á usted de mote...

TARAV. Yo no tengo mote... Francisco Taravilla me llamo.

PERP. Pues el señor, explicando á la señorita el juego de la Bolsa, ha dicho anoche que á usted le decían... *cornupeto*.

TARAV. ¡Qué atrocidad! Zurupeto habrá querido decir, zurupeto.

PERP. ¡Justo! lo mismo dá.

TARAV. Qué ha de dar lo mismo, animal!... ¿Pero vas ó vienes?

PERP. Voy... Zurupeto, já, já. (Váse.)

ESCENA VI.

TARAVILLA y VIDAL.

TARAV. ¡Qué estúpida!... Cornupeto. Hoy se hace la liquidacion.... si bajan los cuatros, estoy perdido, y el señor Vidal tambien. Es decir, yo no tengo nada que perder... Con salir huyendo á tiempo... Pero en cambio, si los fondos se mantienen firmes.. . la diferencia... Veinte mil duritos me gano y sin tener un cuarto... Estas operaciones á medias, que yo hago, son excelentes... cuando salen bien.

VIDAL. (Entrando.) ¿Cómo está usted?

TARAV. Á cincuenta y seis.

VIDAL. Un entero justo.

TARAV. Cabal.

VIDAL. Pero ¿estará firme?

TARAV. Yo respondo.

VIDAL. Es un negocio magnífico.

TARAV. Para estas cosas me pinto solo.

VIDAL. Pues parece que le ha pintado á usted Murillo. Ni abandono mi fábrica de Sans.

TARAV. Hace usted bien.

VIDAL. La industria tiene muchas pérdidas.

TARAV. Y luégo no está bien que un caballero se dedique á eso.

VIDAL. Justo; le llaman á uno caballero de industria. Ya ve usted, en quince dias veinte mil duritos... ¡qué industria produce esto!

TARAV. Ninguna.

VIDAL. Mi fábrica de cucharas no da eso al año.

TARAV. Y además, la tiene usted á medias.

VIDAL. Sí, señor; así nunca pasaría de media cuchara.

TARAV. Es usted un catalán de gracia.

VIDAL. No, de Sans; de Gracia era mi padre... Vaya, creo que podemos marcharnos. Digo, espere usted... me está mareando la chica con la cartilla... (Buscando en la mesa.) Aquí está. Con su permiso. (Á Taravilla.) «Perpétua Lopez (Escribiendo.) entró á servir en mi casa el dia veinticinco de Octubre.»

TARAV. ¡Ah! ¿es la cartilla de la chica?

VIDAL. Sí.

TARAV. ¡Qué fastidio con tantas formalidades!... Yo quisiera tener una perpétuamente.

VIDAL. Esta es Perpétua Lopez... (Se levanta con la cartilla en la mano.) ¿Hay algo de órden público?

TARAV. Algo, pero el gobierno ha cogido el hilo y va atando cabos...

VIDAL. ¿Cabos?... Hasta que no ate generales no se arregla esto.

TARAV. No se levanta una mosca.

VIDAL. Sin embargo, he leido en un periódico que en no sé dónde se había levantado un depositario municipal.

TARAV. Sí, con los fondos.

VIDAL. ¡Justo!

PERP. (Tras del portier de la puerta de la derecha.) La señora me dice que espíe si coge el papel... ¿Lo tendrá ya en el bolsillo?

TARAV. Le voy á dar á usted un consejo á tiempo.

VIDAL. Venga.

TARAV. Dentro de ocho dias venda usted.

VIDAL. ¿Qué ocurre?

TARAV. Habrá noticias graves.

VIDAL. ¿De veras?

TARAV. No, de Egipto.

VIDAL. Hable usted.

TARAV. Los ingleses interceptan el canal.

VIDAL. ¡Caramba!

TARAV. Venda usted toda la perpétua.

PERP. (Al paño.) ¡Dios mio!
TARAV. Se queda usted con la amortizable.
VIDAL. ¿Pero toda?
TARAV. Es un negocio seguro.
VIDAL. Y ¿á cómo?
TARAV. Aunque sea á cincuenta y céntimos.
PERP. (Al paño.) ¡Qué infamia!
VIDAL. No se podrá esperar á cortar el cupon.
TARAV. No hace falta.
PERP. (Al paño.) Yo no escucho más... Me voy de esta casa.
TARAV. Con cupon y sin cupon va á estar tirada.
VIDAL. ¿Qué me dice usted?... Vamos, vamos á la Bolsa... ¿Qué diria mi suegra?... ¡Ah! voy á dejar esto. (Deja la cartilla en la mesa y ve la carta.) Una carta... no puedo detenerme á leerla... Vamos... á cincuenta... ¡qué atrocidad!... (Se pone el sombrero.) ¡Nada! Doy... doy, doy, vamos. (Se dirige agitado hácia la puerta de la derecha, y reparando que no es la de salida, vuelve hácia el foro.)
TARAV. Cuando digo que es usted un catalán de Gracia.
VIDAL. De Sans, hombre, de Sans. Doy... doy... doy. (Váse seguido de Taravilla.)

ESCENA VII.

PERPÉTUA, D.ª CAROLINA y CAROLINA.

PERP. (Saliendo.) ¡Dios mio! ¡Estos hombres no son cristianos! Yo no debo estar un momento más en esta casa.
CAROL. (Saliendo por el foro con doña Carolina.) ¡Ya se marchó!
D.ª CAR. ¿Has visto si ha cogido la carta?
PERP. Sí.
CAROL. ¿Y qué ha dicho?
PERP. Mucho.
D.ª CAR. Habla.
PERP. En primer lugar me dan ustedes mi cuenta. Esta no es casa donde pueda estar una.
D.ª CAR. Ni otra tampoco. Habla.
PERP. ¡Aquí hay álguien que me ha tomado por una negra!

D.ª Car. (Á Carolina.) ¿Le gustan á tu marido las negras? Por eso decías tú, sin duda, que esta era la más negra.
Carol. Yo no he dicho tal cosa. (Á Perpétua.) Pero sigue.
Perp. El señorito...
D.ª Car. ¡Vándalo! ¿Se ha tomado alguna libertad contigo?
Perp. Se ha permitido más.
Carol. ¡Vírgen Santísima!
D.ª Car. Cuéntalo todo.
Perp. ¡Ya lo creo! Y á mi tia se lo escribo hoy mismo.
D.ª Car. Pero no se lo cuentes sólo á tu tia. Explícate.
Perp. El señorito... quiere venderme.
Carol. ¡Jesús!
D.ª Car. Para comprar papel, de seguro, como el molino. Pero eso no puede ser.
Perp. El señor Taravilla se lo aconsejó.
D.ª Car. Ese hombre es muy malo.
Perp. (Llorando.) Quieren venderme á cincuenta y céntimos.
Carol. No disparates.
D.ª Car. Lo que no comprendo es el pico.
Perp. Pero el señorito dice que quiere cortarme ántes...
D.ª Car. ¡Ave María!
Perp. Quiere cortarme... el cupon.
D.ª Car. ¡Cuánta atrocidad!
Perp. ¡Y yo no me dejo cortar nada! (Con energía.)
D.ª Car. Pero, hija, ¿qué será el cupon?
Carol. Sabe Dios lo que esta habrá entendido.
Perp. La cuenta.
Carol. Ahora mismo.
D.ª Car. Bueno; pero ántes dinos que hizo al coger la carta. Se pondría berrendo en pálido.
Perp. Nó; se puso el sombrero y se marchó con el señor Taravilla.
Carol. Pero ¿no la leyó?
Perp. Se la llevó sin abrirla en el bolsillo.
D.ª Car. ¡Será capaz de no leerla!
Carol. Casi me alegro.
D.ª Car. Bueno, ya lleva el arpon clavado como las ballenas. No

tenemos que hacer si no dar cuerda. (Suena un fuerte campanillazo.)

CAROL. ¡Qué campanillazo! Él es por fuerza.

D.ª CAR. Recoge la cuerda. (Á Perpétua.)

PERP. Mi baul es lo que tengo que recoger. (Suena otro companillazo.)

CAROL. Abre.

PERP. ¡Viene furioso! Voy porque va á echar la puerta abajo. (Váse por el foro.)

D.ª CAR. Evitemos el primer choque. Vamos al gabinete.

CAROL. Verás que digusto tenemos.

D.ª CAR. No temas; yo me presentaré primero. (Vánse por la izquierda.)

ESCENA VIII.

VIDAL y PERPÉTUA.

VIDAL. (Entra furioso llevando á Perpétua de la máno; en la derecha lleva abierta la carta que dejó Doña Carolina en la mesa.) Ven aquí, tú lo debes saber todo forzosamente. Sin tí no era posible la jugada.

PERP. (Lo del cupon.) Sí señor, y por eso me voy.

VIDAL. Haces bien... digo, haces mal. ¿Qué más pruebas?

PERP. Quede usté con Dios.

VIDAL. Espera. Pero ¿qué necesidad tenía de más pruebas? La cosa está clara. (Leyendo.) «Adorada Carolina.»

PERP. (Esa debe ser la carta que dejó la señora.)

VIDAL. «Conque tu madre, para conocer si salías por la noche »al balcon á verme, puso en el suelo ceniza...» Pólvora debió poner... «Pero tú más lista, borraste las huellas de tu lindo pié! ¡Qué ingeniosa eres y que bonita.»

PERP. Deben decirle muchos insultos. ¡Cómo se enfada!

VIDAL. Y á todo esto sin poder ir á la Bolsa. Si los ingleses llevan la escuadra... (Leyendo.) «Baja mañana temprano.» Sí que bajará, sobre todo el exterior... Digo. ¡Ah! (Leyendo.) «Te idolatra, Paco.» ¡Paco! ¡Paco! ¡Fran-

cisco!... Ante todo: (Á Perpétua·) ¿Quién ha puesto aquí esta carta en mi mesa?

PERP. Yo no miento. La señora.

VIDAL. Pobre señora, vela por mi honor. Ella puso la ceniza, la carta...

PERP. Cuando usted ha llamado se han ido al gabinete comprendiendo que usted vendría furioso, y me han soltado á mí el toro.

VIDAL. ¡Perpétua! (Con indignacion.)

PERP. ¡Señorito!

VIDAL. ¿Quién es Francisco? Tú le conocerás. ¿Quién es Francisco?

PERP. ¿Francisco?... ¡Ah! El aguador.

VIDAL. ¡El aguador!

PERP. Sí, el que trae las cubas...

VIDAL. ¿Trae cubas? No tomes ese papel.

PERP. ¿Qué papel?

VIDAL. Está en baja. La isla anda mal. Pero ¿qué digo? No, no es ese Francisco, el otro.

PERP. ¡El otro!

VIDAL. ¡Justo! El otro, el tercero.

PERP. ¿Francisco Tercero?

VIDAL. Imbécil.

PERP. ¡Ah! el novio que despedí, porque quería que le diera las sisas.

VIDAL. Yo no tengo sisas.

PERP. Ni yo tampoco. Soy honrada.

VIDAL. Mira, dime la verdad. ¿Quién es ese hombre? ¿Donde vive algun D. Francisco ó señor Francisco ó tio Francisco?

PERP. ¡Ah! sí, el agente de órden público que acaba de salir con usted.

VIDAL. El agente de Bolsa, dirás.

PERP. Bueno; el agente le llama la señorita.

VIDAL. Pero ¿es ese? Ese...

PERP. Sí; ese se llama Francisco.

VIDAL. ¡Oh! ¿Y habla con la señorita cuando yo no estoy en

casa.

PERP. Pues, ¿con quién ha de hablar?... ¿Conmigo?

VIDAL. Y ¿de qué habla?

PERP. Yo qué sé; habla del tiempo, habla de usted...

VIDAL. ¿De usted? No faltaba más sino que se hablasen de tú delante de la gente. La señorita te ha comprado.

PERP. (Ya pareció aquello) ¿Á mí?

VIDAL. Yo te pago doble. Es preciso que me ayudes. ¿Cuánto te da la señorita?

PERP. Ochenta reales á fin de mes.

VIDAL. ¡Ochenta! ¡Qué barbaridad! ¿Si está á cincuenta y seis? ¡Qué barbaridad!

PERP. Yo no estoy á nada. Ni me vendo ni me compra nadie; ¿está usted? ¡Ya sé lo que le aconseja el señor Taravilla!

VIDAL. Taravilla... Taravilla .. á cincuenta y seis... En cuanto venga, le corto...

PERP. El cupon tambien.

VIDAL. ¡Qué... el cupon! ¡La cabeza!

PERP. ¡Ah!

VIDAL. El cupon no se corta hasta que termine el primer trimestre.

PERP. Pues, lo que es yo, estoy fuera de la casa ántes que termine el dia.

VIDAL. Avisa ántes á la señorita. El pánico va á cundir en esta casa.

PERP. Voy, pero en seguida... (Váse por la derecha.)

ESCENA IX.

VIDAL.

Las dos y media. ¿Á cómo estarán los cuartos?... Francisco... Esto no puede ser. En cuanto venga á traer noticias de nuestra operacion le pego un tiro. No; primero le dejaré que dé cuenta del negocio. El tiro es mejor para ella. ¿Y si los ingleses bombardean el Cairo?... El tiro para mí, digo... no... Al primer tiro

que se oiga en Madrid bajan los cuartos... todo el mundo lo asegura... ¡El papel es enemigo de la pólvora! ¡Ah!... ¡Qué ingeniosa es mi suegra!... Pero más ingeniosa era ella... Y yo sin ver la ceniza... ni el fuego... ni la quema...

ESCENA X.

VIDAL, CAROLINA, DOÑA CAROLINA.

CAROL. (Apareciendo por la puerta de la izquierda.) ¿Qué me quieres? ¡Ah! (Reparando en la alteracion de Vidal.)

TARAV. (Apareciendo en el foro.) ¡Señor Vidal! (Reparando en su alteracion.) ¡Oh!

VIDAL. ¡Los reos!... ¡Quietos!

TARAV. Le acabo de hacer á usted la gran jugada.

VIDAL. Ya lo sé.

CAROL. (Otra vez ese hombre aquí...) (Á Vidal.) Luégo me dirás lo que quieras. (Intentando marcharse.)

VIDAL. ¡Quieta!

TARAV. ¡Ah! No había reparado en la señora. Á los piés... (Vá á saludarla.)

VIDAL. Ni hacía falta que hubiera usted reparado nunca.

CAROL. ¿Pero, qué te pasa? ¿Has perdido el juicio?

TARAV. Con efecto, está usted alterado y no hay razon alguna.

VIDAL. ¿Qué no hay razon?

TARAV. ¡Claro! Como que marchamos perfectamente.

VIDAL. ¡Perfectamente!

CAROL. Ya sé por desgracia la causa de tu agitacion.

VIDAL. (Con energía.) Cállese usted.

TARAV. Vengo á decirle, si tomo amortizable.

VIDAL. No me gusta más que la perpétua.

CAROL. Eso precisamente. ¿Y tienes el descaro de decirlo?

VIDAL. Silencio, ó la amortizo á usted.

CAROL. (Me da miedo con ese tono. Estos son los efectos de la carta de mamá, sin duda alguna.)

TARAV. ¿Es qué ha sabido usted alguna noticia extraoficial? ¿Se ha levantado alguna partida? ¿Está resuelto el bey

á aceptar las proposiciones de los Europeos?

VIDAL. No es nada de eso.

TARAV. Á mí tambien me ha dicho un sargento amigo que se conspira contra el órden social, contra la propiedad, contra la familia.

VIDAL. ¡Justo! contra la familia.

TARAV. No haga usted caso.

VIDAL. ¿Pues quién lo ha de hacer entónces? ¡Carolina! (Con acento trágico.)

CAROL. ¿Pero, qué tienes? ¿Acaba?

TARAV. ¡Ah! La Carolina... sí, ya sé, es muy revoltosa.

CAROL. ¡Caballero! (Con indignacion.)

TARAV. (¡Ah! se ofende. Será natural de aquel pueblo.) Yo no trato de herir su natural susceptibilidad. (Á Carolina.) Pero, de allí han salido muchas alteraciones del órden púbico.

VIDAL. Del órden doméstico, dirá usted.

TARAV. Bien; y del órden doméstico. ¿Pero á usted, qué le importa eso?

VIDAL. Señor Taravilla, usted qué idea se ha formado de mí.

CAROL. ¡Malditos negocios!

TARAV. Usted, de todas maneras irá ganando. Yo miro sus asuntos como cosa propia.

VIDAL. Ya lo he visto.

TARAV. Hoy se hace la liquidacion, y por mi consejo se meterá usted sesenta mil duros en el bolsillo.

VIDAL. Es verdad. (Á Taravilla.) Veinte mil duritos. (Á Carolina.) ¡Pérfida! (Á Taravilla.) Ni un cuarto ménos. ¿Verdad? No hay papel como los cuatros. (Á Carolina.) ¡Cleópatra!...

CAROL. No entiendo esa algarabía.

TARAV. ¡Cleópatra! (Lo de Egipto le tiene preocupado.) No tenga usted cuidado; sólo una noticia grave podía perjudicarnos, y esa, la sé yo sólo.

VIDAL. Yo lo sé todo.

TARAV. ¿Sabe usted el negocio de la casa *Casado y Compañía*.

VIDAL. Sí; Casado y Compañía... ¡¡justo!... Conozco la Com-

pañía.

TARAV. Guarde usted el secreto, por Dios. Ni la señora (Señalando á Carolina.) debe saberlo.

CAROL. Ni me importa.

VIDAL. ¿Conque yo debo guardar el secreto?

TARAV. Es un empréstito ruinoso para el Gobierno. Va usted á ver el papel tirado por el suelo.

VIDAL. Como la ceniza.

TARAV. No entiendo.

VIDAL. Vengan ustedes aquí, cómplices... (Á los dos.) Aquí tienen ustedes el cuerpo del delito. (Sacando el cojedor.)

CAROL. ¡Dios mio! ¿qué es esto?

TARAV. Señor Vidal, no comprendo...

VIDAL. ¿No le dice á usted nada esta ceniza?

TARAV. Sí: *memento homo.*

VIDAL. Pues el *homo* soy yo.

CAROL. ¡Ni que estuviéramos en el miércoles! .. Pero ¿qué significa esto? Tu razon no está clara... Usted tiene la culpa.

TARAV. ¿Yo, señora?

VIDAL. Los dos... los dos.

CAROL. ¡Los dos!

VIDAL. Y los cuatros.

CAROL. ¡Los cuatro!

VIDAL. ¿Cómo estarán los cuatros? (Á Carolina.) Este es el rastro, sí... el rastro por donde usted me vendía. (Señalando al cojedor.)

TARAV. ¿Vendido en el Rastro? ¡Ni que fuera usted un mueble viejo!

CAROL. Vuelve en tí... Que venga un médico.

VIDAL. Una mano bienhechora vertió así en su camino (Derramando una poca desde el centro de la escena á la puerta de la izquierda.) esta ceniza, este polvo salvador. Ahí se señalaban las huellas del crímen, y usted (Á Carolina.) por la noche, de puntillas... (Andando cómicamente sobre la ceniza.) y luégo con mano críminal borraba usted las huellas. (Á Tarevilla.) ¡Y á usted le parece ingenioso

todo esto?

TARAV. Hombre, para cazar liebres no está mal.

VIDAL. ¡Para cazar honras!

TARAV. No conozco esas aves.

CAROL. Yo no puedo aguantar más insultos. ¿Por qué me habré casado con usted? Mamá... (Llamando muy agitada.)

VIDAL. Sí; que venga, que venga mamá. Ella confundirá á usted... (Á Carolina.) Y á usted tambien le confundirá. (Á Taravilla.)

TARAV. ¡Á mí! ¿Con quién?

VIDAL. Que venga.

CAROL. ¡Mamá!

TARAV. ¿Sí? Pues que venga mamá. (Llamando tambien.)

ESCENA XI.

DICHOS, DOÑA CAROLINA.

Al entrar doña Carolina, Carolina estará sobre una silla llorando. Vidal con el cojedor en la mano en cómica actitud. Taravilla muy agitado.

D.ª CAR. ¿Qué voces son estas? ¿Quién me llama? ¿Quién ha manchado el suelo? (Á Carolina.) ¿Qué tienes?

CAROL. Mi marido se ha vuelto loco.

D.ª CAR. Lo estaba viendo venir. El señor tiene la culpa. (Señalando á Taravilla.)

VIDAL. ¿Lo ve usted? (Á Taravilla, dejando caer el cojedor.)

TARAV. Con efecto; me confunde esta señora con álguien.

D.ª CAR. ¡Pobrecita hija mía! (Consolándola.)

VIDAL. ¡Pobrecita! He recibido una carta; (Á doña Carolina.) es decir, la de don Francisco.

D.ª CAR. ¡Ah! Pero, ¿esta ceniza?... (Á Carolina.)

CAROL. Yo no sé.

VIDAL. Ahora vamos á matarnos usted y yo. (Á Taravilla.)

TARAV. Pero ¿me quiere usted dejar en paz? Se pasa la hora... es el día de la liquidacion...

VIDAL. Precisamente por eso nos matamos. (Á Carolina.) Luégo la mataré á usted.

CAROL. ¡Vidal!... ¡Ay, Dios mio!

D.ª CAR. Yo te explicaré...

VIDAL. En cuanto se conozca la cotizacion... la muerte.

TARAV. Si está firme el consolidado...

VIDAL. Yo le pego un tiro al lucero del alba... ¡Ya lo creo que se lo doy! Doy... Doy... (Recorriendo la estancia seguido de Carolina y doña Carolina. Taravilla va detrás cerca de la segunda.)

CAROL. (Á Vidal.) Pero, escúchame.

TARAV. ¿Tomo amortizable?

D.ª CAR. Hombre, déjenos ahora de papeles.

TARAV. Es que dentro de quince dias se intercepta el canal.

D.ª CAR. Bueno; pues arrójese usted á él mañana y llega á tiempo.

VIDAL. Tome usted amortizable, pero traiga usted los padrinos.

CAROL. (Á doña Carolina.) ¿Ve usted lo que ha promovido su carta?

VIDAL. Y venda usted los ferros... Á pistola ó á sable... ¡zopenco!... (Á Taravilla.)

TARAV. ¡Caballero!...

VIDAL. Á muerte... Á cuatro pasos por ciento interior... pero, ojo, que hay títulos falsos. Y las acciones... ¡Buenas acciones tiene usted!

ESCENA XII.

DICHOS, PERPÉTUA.

PERP. (Entrando con *El Boletin* de la Bolsa.) *El Bolatin* de la Bolsa.

TARAV. Venga. (Cogiéndolo.)

VIDAL. (Sentándose fatigado.) ¡Qué dirán de mí en Barcelona!

CAROL. ¡Ay! Se pone enfermo.

D.ª CAR. Pero hijo, atiende...

TARAV. ¡Cielos, cincuenta y cuatro sesenta y cinco! ¡Cerca de dos entero s! Piés, para que os quiero. Si alcanzo el

expreso de Paris... Huyamos. (Váse.)

VIDAL. (Viendo á Taravilla marcharse.) ¡Ay!... ¡Se vá!... ¡Detenedlo!... Trae la escopeta... (Á Perpétua.)

CAROL. (Deteniéndole.) Por Dios...

D.ª CAR. Déjale.

VIDAL. ¡Apártese usted!... ¡castellana!

D.ª CAR. Pero, óyeme... lee la fecha de la carta.

CAROL. ¡Justo! léela.

VIDAL. ¿Pero creerán que me importa á mí dia más ó ménos? ¿Á ver? (Leyendo.) «Hoy primero de Julio...» ¡Todo el año económico! (Á Carolina.)

D.ª CAR. Pero sigue.

VIDAL. «Mil ochocientos... treinta y uno.»

D.ª CAR. Es de mi difunto esposo, que, como sabes, se llamaba Francisco, y está dirijida á mí. He querido recordarte, que el hombre casado, no debe abandonar á su mujer ni por la Bolsa, ni por...

VIDAL. Pero entónces, ¿por qué huye Taravilla?

PERP. Echó á correr, despues de leer *El Bolatin*. (Lo coge de la mesa y se lo dá á Vidal.)

VIDAL. ¡Eh! (Despues de mirarlo.) *El Bolatin* lo doy yo... ¡Estoy perdido!

CAROL. ¿Qué dice ese papel?

D.ª CAR. ¡Adios, mi molino!

VIDAL. ¡Arruinado! Con toda la perpétua, no tengo para pagar las diferencias.

PERP. ¡Y dále con que yo lo he de pagar todo!

CAROL. ¿Vuelves á la manía de nombrar á la chica?

VIDAL. ¿Á la chica? Perpétua es una deuda.

D.ª CAR. ¿Pero, hijo, y con una deuda perpétua, querías hacerte rico?

CAROL. ¿Qué vá á ser de nosotros?

D.ª CAR. Todavía, si Vidal promete abandonar esas grandes ganancias y cuidar más de su mujer, lo arreglaré todo. Venderé el monte.

CAROL. ¡Qué buena eres, mamá!

VIDAL. ¡El monte! ¡La venta del monte! Usted ha estudiado

Hacienda con Camacho. Me ha salvado usted.

D.ª Car. Pero no lo vayas á emplear en papel.

Vidal. No lo pienso, ni un momento,
y eso que sé, con franqueza,
(Dirigiéndose al público.)
que si aplaudís esta pieza
subirá EL CUATRO POR CIENTO.

FIN.

PUNTOS DE VENTA.

En casa de los corresponsales y principales librerias de España y Extranjero.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.